

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TIMOTEO Y TITO

La función de la iglesia

(3)

La manifestación de Dios en la carne

(Mensaje 4)

Lectura bíblica: 1 Ti. 3:15-16; Jn. 1:1, 14; Col. 2:9; Ap. 21:2, 10-11

- I. El beneplácito de Dios, el deseo de Su corazón, es obtener muchos hijos que constituyan la expresión de Su Hijo, de tal modo que Dios sea expresado en el Hijo por el Espíritu y en el Cuerpo; tal expresión alcanza su consumación en la Nueva Jerusalén—Ef. 1:5, 9; 3:19b, 21; Ro. 8:29.
- II. La manifestación de Dios se realizó primero en Cristo, lo cual fue una expresión individual en la carne—1 Ti. 3:16; Col. 2:9; Jn. 1:1, 14:
 - A. El Nuevo Testamento no dice que el Hijo de Dios se encarnó; más bien, revela que Dios se manifestó en la carne—1 Ti. 3:15-16:
 1. Dios se manifestó en la carne, no solamente como el Hijo de Dios, sino como el Dios completo, a saber: el Padre, el Hijo y el Espíritu.
 2. La totalidad de Dios, y no solamente Dios el Hijo, se encarnó; por tanto, Cristo, en Su encarnación, era el Dios completo manifestado en la carne:
 - a. Cristo, en Su ministerio en la etapa de la encarnación, introdujo al Dios infinito en el hombre finito; en Cristo, el Dios infinito y el hombre finito fueron hechos uno—Jn. 8:58; 7:6; 12:24.
 - b. Mediante la encarnación, la incorporación divina—Dios en Su Trinidad Divina, en la que los Tres moran el uno en el otro y operan conjuntamente como una sola entidad— ingresó en la humanidad; por tanto, Cristo es la incorporación del Dios Triuno y el hombre tripartito—14:10-11.

- B. El Verbo, quien es Dios, se hizo carne—1:1, 14:
1. El Dios quien es el Verbo, no es una parte de Dios, sino la totalidad de Dios, a saber, Dios el Hijo, Dios el Padre y Dios el Espíritu.
 2. El Verbo es la definición, explicación y expresión de Dios; por tanto, el Verbo que se hizo carne —Dios manifestado en la carne— es la definición, explicación y expresión de Dios en la carne—v. 18.
- C. En Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad—Col. 2:9:
1. La expresión *toda la plenitud de la Deidad* se refiere a la Deidad en Su totalidad, al Dios completo.
 2. Puesto que la Deidad incluye al Padre, al Hijo y al Espíritu, la plenitud de la Deidad debe de ser la plenitud del Padre, el Hijo y el Espíritu.
 3. El hecho de que en Cristo habite corporalmente toda la plenitud de la Deidad, significa que Cristo es la corporificación del Dios Triuno—Jn. 14:10.
 4. Como corporificación de la plenitud de la Deidad, Cristo no es solamente el Hijo de Dios, sino el Dios completo.
- III. En 1 Timoteo 3:15-16 se nos da a entender que no solamente el propio Cristo como Cabeza es la manifestación de Dios en la carne, sino que también la iglesia como Cuerpo de Cristo y casa de Dios, es la manifestación de Dios en la carne: el misterio de la piedad:
- A. La palabra *piedad*, mencionada en el versículo 16, no solamente se refiere a la devoción a cosas santas sino también a vivir a Dios en la iglesia, es decir, a que Dios como vida se manifieste en el vivir de la iglesia y así sea expresado:
1. Tanto Cristo como la iglesia son el misterio de la piedad, pues ambos expresan a Dios en la carne.
 2. La vida de iglesia es la expresión de Dios; por tanto, el misterio de la piedad equivale al vivir de una iglesia apropiada—1 Co. 14:24-25.
- B. Dios es manifestado en la iglesia —la casa de Dios y el Cuerpo de Cristo—, la cual es la expresión corporativa y agrandada de Dios en la carne—Ef. 2:19; 1:22-23:
1. La manifestación de Dios en la carne comenzó con Cristo cuando Él estaba en la tierra—Jn. 14:9.

2. La manifestación de Dios en la carne continúa con la iglesia, la cual es el aumento, agrandamiento y multiplicación de la manifestación de Dios en la carne—1 Ti. 3:15-16.
- C. Cuando una iglesia sea pastoreada en conformidad con lo escrito en 1 Timoteo 1—3, ella cumplirá su función como casa del Dios viviente con miras a que se lleve a cabo el mover de Dios aquí en la tierra, y como columna y fundamento de la verdad, en el sentido de que exhibirá la realidad de Cristo y Su Cuerpo—3:15; Ef. 5:32:
1. Esta clase de iglesia llega a ser la continuación de Cristo como manifestación de Dios en la carne, a saber, Cristo mismo expresado en el vivir de la iglesia como manifestación de Dios.
 2. Esto es Dios manifestado en la carne de una manera más amplia, en conformidad con el principio neotestamentario de la encarnación—1 Co. 7:40; Gá. 2:20:
 - a. El principio de la encarnación consiste en que Dios entre en el hombre y se mezcle con él para hacer que el hombre sea uno con Él—Jn. 15:4-5.
 - b. El significado del principio de la encarnación es que la divinidad entra en la humanidad y opera dentro de ella—1 Co. 6:17; 7:40; 1 Ti. 4:1.
- D. El gran misterio de la piedad es que Dios se hizo hombre para que el hombre llegase a ser Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, a fin de producir un Dios-hombre corporativo para manifestación de Dios en la carne—Ro. 8:3; 1:3-4; Ef. 4:24.
- IV. Al final, Dios se manifestará en la Nueva Jerusalén, la cual será la consumación de la expresión corporativa del Dios Triuno procesado y consumado en el cielo nuevo y la tierra nueva—Ap. 21:1-2, 10-11:
- A. La iglesia como manifestación de Dios en la carne es la casa de Dios, mientras que la Nueva Jerusalén será la ciudad de Dios, lo cual significa que la Nueva Jerusalén, como manifestación de Dios en la nueva creación, será el agrandamiento y la consumación de la iglesia, y que como tal, expresará a Dios en la eternidad—vs. 10-11.
- B. Una característica sobresaliente de la Nueva Jerusalén es que ella posee la gloria de Dios; toda la ciudad exhibe la gloria de

Dios, la cual es Dios mismo que resplandece a través de dicha ciudad—vs. 11, 23.

- C. El Dios Triuno —el Padre como la fuente de las riquezas divinas, el Hijo como la corporificación de las riquezas divinas y el Espíritu como Aquel que hace reales para nosotros las riquezas divinas— es la expresión triuna de la Nueva Jerusalén con miras a que se realice Su expresión suprema y gloriosa en Su manifestación consumada por la eternidad—vs. 18-21; 22:1-2.

MENSAJE CUATRO

LA FUNCIÓN DE LA IGLESIA

(3)

LA MANIFESTACIÓN DE DIOS EN LA CARNE

En 1 Timoteo 3:15-16 dice: “Si tardo, escribo para que sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad. E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: El fue manifestado en la carne, / Justificado en el Espíritu, / Visto de los ángeles, / Predicado entre las naciones, / Creído en el mundo, / Llevado arriba en gloria”. En el versículo 16 hay dos frases a las que debemos prestar suma atención: *el misterio de la piedad* y *El fue manifestado en la carne*. En la segunda frase, el pronombre “El” se refiere a Cristo como el Dios viviente. Son precisamente estos dos asuntos —que en realidad son uno solo— los que sirven de base para la estructura misma de este mensaje; estos son: el misterio de la piedad y Dios manifestado en la carne.

LA PIEDAD EN 1 Y 2 TIMOTEO Y TITO

Para conocer el misterio de la piedad, necesitamos estudiar la palabra *piEDAD* en 1 y 2 Timoteo y en Tito. Hay diez versículos que hablan de la piedad en estas tres epístolas.

En 1 Timoteo 2:2 dice: “Para que llevemos una vida tranquila y sosegada en toda piedad y dignidad”. Piedad es la semejanza de Dios. La piedad es ser como Dios y expresar a Dios; por tanto, piedad es la expresión de Dios. Éste es el pensamiento básico. La piedad no solamente se refiere a la devoción a cosas santas, sino que consiste en expresar a Dios. La vida cristiana debe ser una vida que exprese a Dios y tenga la semejanza de Dios en todo aspecto. Así pues, la piedad, como la vida cristiana, es una vida que expresa a Dios en todo aspecto.

En el versículo 16 del tercer capítulo dice: “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad”. Este versículo está relacionado intrínsecamente con la iglesia, y nos da a entender que el vivir apropiado en la iglesia así como el vivir apropiado de la iglesia consiste en que Dios sea expresado.

En el versículo 7 del cuarto capítulo dice: “Ejercítate para la piedad”. La frase *para la piedad* nos da a entender que nos ejercitamos con miras a expresar a Dios, con miras a tener la semejanza de Dios. Así pues, debemos ejercitarnos con miras a tal clase de piedad, esto es, para expresar a Cristo en nuestro vivir de modo que seamos la manifestación de Dios. Si ponemos 1 Timoteo 4:7 junto a 1 Timoteo 3:16 —donde se nos habla de la manifestación corporativa de Dios en la carne— podremos percatarnos de que ejercitarse para la piedad equivale a ejercitarse para expresar a Dios y vivirle con miras a ser la manifestación corporativa de Dios.

En el versículo 8 del cuarto capítulo dice: “La piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera”. Aquí, *todo* hace alusión a nuestro ser tripartito entero. Así pues, la piedad es provechosa para mantener la salud de nuestro cuerpo, la piedad es provechosa para nuestra mente, es provechosa para nuestra alma y, ciertamente, es muy provechosa para nuestro espíritu. La piedad, además, es provechosa para todas nuestras relaciones interpersonales, y es provechosa para esta vida presente, nuestra vida en esta era, y para la vida venidera en el reino y en la eternidad.

En el versículo 3 del sexto capítulo dice: “Si alguno enseña cosas diferentes, y no se conforma a las sanas palabras, las de nuestro Señor Jesucristo, y a la enseñanza que es conforme a la piedad”. Este punto es sobresaliente. En el libro titulado *The Apostles' Teaching and the New Testament Leadership* [La enseñanza de los apóstoles y el liderazgo neotestamentario], el hermano Lee dijo: “Enseñar cosas diferentes no es algo insignificante. Ello es obra directa de Satanás” (pág. 13). No exageramos al decir esto. Debemos recordar que la enseñanza de los apóstoles se origina en Dios el Padre, pues el Hijo recibió del Padre y no trajo Su propia enseñanza. Luego, el Espíritu recibió del Hijo y lo transmitió a los apóstoles (Jn. 16:13), quienes hablaron con palabras enseñadas por el Espíritu (1 Co. 2:13). Después, los creyentes simplemente perseveraron en la enseñanza de los apóstoles (Hch. 2:42). Toda enseñanza diferente tiene una fuente diferente, y la única otra fuente es Satanás, el enemigo de Dios.

Estamos tratando sobre un asunto intrínseco. La enseñanza en el ministerio del Señor y la enseñanza en el recobro del Señor consiste en la enseñanza que es conforme a la piedad, que es según la manifestación de Dios en la carne, que concuerda con una vida —tanto personal como corporativa— que es expresión de Dios. La enseñanza que es

conforme a la piedad atañe a Dios hecho carne, quien vivió como hombre, murió en la cruz y, al resucitar, produjo la iglesia, la cual es Dios manifestado en la carne. Esta enseñanza se extiende desde Mateo hasta Apocalipsis. Tenemos una enseñanza que es conforme a la piedad, una sana enseñanza impartida con sanas palabras. Ésta es la única enseñanza que aceptaremos. Esta enseñanza se origina en Dios mismo y resulta en la manifestación corporativa de Dios.

En 1 Timoteo 6:5 dice: “Hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia”. Esto representa el caos satánico. Ciertos obreros cristianos introducen la motivación por obtener ganancias y, conforme a su mentalidad comercial, suponen que la piedad es un medio para lograr ganancias materiales, con lo cual hacen que su “ministerio” se convierta en un negocio lucrativo. ¡Cuán vergonzoso es esto! Si la luz ha resplandecido sobre nuestra naturaleza caída, nos daremos cuenta de que todos somos capaces de actuar así. Por esto, el recobro precisa ser purificado de manera drástica y exhaustiva; en especial, es menester que seamos librados de nuestra mentalidad comercial. Tenemos que estar apercebidos de la mujer que está sentada en medio de la vasija de un efa. En la nota de pie de página de Zacarías 5:7 (*Recovery Version*) dice:

La mujer sentada en el interior de la vasija de un efa representa a la maldad que es inherente al comercio (v. 8a), la cual se manifiesta en cosas tales como: la codicia, el engaño y el amor al dinero. La visión que aquí se describe corresponde con la visión de Babilonia la Grande, tal como aparece en el capítulo 18 de Apocalipsis. Ambas visiones nos muestran que, a los ojos de Dios, la maldad inherente al comercio es una forma de idolatría y fornicación. Así pues, el comercio es representado por una mujer adúltera, codiciosa de ganancias pecuniarias.

En 1 Timoteo 6:6 Pablo continúa diciendo: “Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento”. Muchos de nuestros jóvenes se han criado en países bendecidos por la abundancia económica. ¿Será posible que una de nuestras características predominantes sea la piedad acompañada de contentamiento? Ciertamente, por la misericordia del Señor, así será. Dios ha de manifestarse en la vida que llevamos. Nosotros formamos parte de la iglesia, la cual es la manifestación corporativa de Dios en la carne. Dios mismo, a quien manifestamos tanto en nuestra vida personal como en nuestra vida de iglesia, ha dispuesto

para nosotros un determinado entorno. ¿Estamos dispuestos a tener contentamiento en dicho entorno? Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento. Es notable cómo el hermano Nee nos habla al respecto en su libro *El carácter del obrero del Señor*: “Si una persona es dirigida por el dinero, tarde o temprano su enseñanza también lo será” (pág. 122-123). Además dice: “Si la manera de proceder de una persona es influenciada y alterada por el poder del dinero, tal persona es un falso profeta y un falso maestro” (pág. 123). Éstas son palabras de peso. Luego continúa: “Lo que Dios más aborrece en este mundo es que se tome la piedad como fuente de ganancias”. Se ejercerá un juicio muy particular sobre el sistema babilónico comercial, pues en dicho sistema se ha mezclado la obtención de ganancias con una especie de piedad religiosa y se ha convertido la piedad en un medio para estafar a la gente. Según el hermano Nee: “No hay vileza mayor que la de participar en una obra cristiana a fin de obtener ganancias” (pág. 123). Ya es tiempo de trazar una línea en el recobro del Señor y decidir, de manera irrevocable e irreversible, cuál ha de ser nuestro sistema de valores. ¿Qué hemos de considerar verdaderamente valioso? ¿La piedad acompañada de contentamiento, que es gran ganancia para todo nuestro ser? ¿O ir en pos de obtener lujos, riquezas y dinero? No es posible tener ambas cosas. Si lo que verdaderamente nos importa es que la iglesia desempeñe su función como casa del Dios viviente, como columna y fundamento de la verdad y como manifestación de la piedad; y si verdaderamente hemos visto que la piedad como vida que expresa a Dios en la iglesia es incompatible con hacer de la obtención de ganancias un fin en sí mismo; entonces tomaremos una decisión y diremos: “Lo que yo considero verdaderamente valioso es Dios manifestado en la carne, la iglesia como casa del Dios viviente, como columna y fundamento de la verdad y como manifestación de Dios en la carne. Si tengo esto, estaré contento con lo que el Padre haya dispuesto para mi vida. Jamás permitiré que mi ministerio o lo que enseñe sean influenciados por la búsqueda de ganancias o por la posibilidad de recibir sustento”. Si como iglesia hemos de ser la manifestación de Dios en la carne, tenemos que acudir al Señor en procura de Su misericordia para que 1 Timoteo 6:6 se convierta en nuestro testimonio. Entonces, después de que hayamos acabado la carrera, quizá algunos santos sobre los cuales nuestra vida ejerció alguna influencia podrán testificar: “Este hermano, o esta hermana, realmente llevó una vida en la que la piedad fue acompañada de contentamiento, es decir, una vida

de gran ganancia”. Luego el hermano Nee dice: “Si manifestamos tal piedad, no hemos de pedir nada más, ni abrigaremos la expectativa de recibir algo más y simplemente hemos de sentirnos satisfechos con lo que tenemos” (pág. 124). Hay muchos que después de pasar por el Entrenamiento de tiempo completo han entrado a la fase “sobria” de su vida. Muchos de ellos no están contentos con lo que tienen; así pues, sus dos años en el entrenamiento fueron apenas un paréntesis en cuanto a lo que ellos verdaderamente procuran en la vida. No obstante, antes que el Señor regrese, Él deberá obtener una iglesia cuyos constituyentes sean hermanos y hermanas para quienes lo único verdaderamente precioso, lo más valioso, es la piedad, y para quienes la piedad acompañada de contentamiento es la característica predominante de sus vidas.

En el versículo 11 dice: “Mas tú, oh hombre de Dios ... sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la perseverancia, la mansedumbre”. Aquí, la palabra *sigue* es la forma imperativa de un verbo, lo cual denota acción. Así pues, no se trata de una especie de divagación diletante en la que pensamos: “Espero poder algún día manifestar la piedad en mi vida diaria. En algún momento en el futuro me gustaría poder llevar la vida que es propia de un Dios-hombre. Quisiera crecer en la vida divina y me gustaría progresar un poco en este aspecto de mi vida”. No. Es imprescindible estar imbuidos de un espíritu que ardientemente procura experimentar la manifestación de Dios en la carne. Este versículo también nos habla de un hombre de Dios. Un hombre de Dios es partícipe de la vida y naturaleza de Dios. Un hombre de Dios es uno con Dios en Su vida y naturaleza, y es una persona que expresa a Dios. Ésta es la clase de persona que yo quisiera llegar a ser, una persona que vive a Dios y le expresa, un Dios-hombre que manifiesta a Dios al igual que todos los demás en la iglesia. Así pues, estas palabras del versículo 11 corresponden con 1 Timoteo 3:16, donde se habla del misterio de la piedad.

En 2 Timoteo 3:5 se nos habla de personas “que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”. Lo descrito en este versículo es ciertamente lamentable, pero tenemos que enfrentarnos a tal degradación.

Finalmente, Tito 1:1 nos habla del “pleno conocimiento de la verdad, la cual es según la piedad”. Esta verdad es la realidad de la economía de Dios, de lo dispuesto por Dios, de la impartición de Dios y de la expresión de Dios.

Resulta, pues, obvio que Pablo sentía gran apremio por este asunto de la piedad y, por ello, le escribió repetidamente a Timoteo sobre este tema. Como quien exhorta a su propio hijo en la fe, Pablo le encomendó a Timoteo ejercitarse para la piedad. ¿Alguna vez alguien nos ha hecho tal encargo? ¿Se nos puede hacer tal encargo? Pablo le hizo un encargo solemne a Timoteo delante de Dios y de los ángeles escogidos. Tal vez, en algún momento, vayamos a hacer tal encargo solemne, en presencia del Dios viviente, a quienes se gradúan del Entrenamiento de tiempo completo; quizá les digamos: “Bajo la autoridad de Dios y del Cristo de Dios, les encargamos procurar la piedad; les encargamos ejercitarse para la piedad”. Espero que los que se gradúan del entrenamiento no sean tan sensibles que sólo se les pueda aconsejar y hacer ciertas recomendaciones y sugerencias, pero que no podamos hacerles un encargo solemne.

Ciertamente ésta no era la norma en tiempos de degradación cuando Pablo pastoreaba a su joven colaborador. Pablo tomaba muy en serio la autoridad apostólica de la cual estaba investido. Pocas cosas son más despreciables que ver a alguien que juega con lo que supone es su propia autoridad, como si alguno de nosotros pudiera poseer autoridad en sí mismo. Pero estas epístolas están llenas de autoridad, pues ellas fueron escritas bajo la autoridad de Dios; fue “el Dios operante”, “Dios en funciones”, el que las escribió. Timoteo sabía muy bien cuál era su posición en términos orgánicos y, por ende, recibió tal encargo. Ciertamente Pablo sentía gran apremio por este asunto.

Sabemos por la epístola a los Filipenses que, conforme a su anhelo y esperanza, Pablo se mantenía ejercitado a fin de no ser avergonzado en nada. Su anhelo era que Cristo fuese magnificado en su cuerpo, sea por vida o por muerte. Recientemente, visité en el hospital a un anciano que estaba gravemente enfermo. Ciertamente era obvio que él estaba débil, pero cuando lo vi, pude ver a Dios; pude ver que Cristo era magnificado en su cuerpo.

Al final del libro de Hechos, tal como el ministerio de la era nos lo ha revelado, en la vida del apóstol Pablo podemos ver a Jesús viviendo otra vez en la tierra en Su humanidad divinamente enriquecida. Pablo ciertamente era un Dios-hombre. Él llevó la vida del Dios-hombre y pastoreó a otros a fin de hacer de ellos verdaderos Dios-hombres; y para él estaba absolutamente claro que la meta de tal clase de vida no era producir algunos “héroes” espirituales, sino edificar iglesias que, de

hecho, desempeñaran su función al ser la manifestación de Dios en la carne.

**EL BENEPLÁCITO DE DIOS, EL DESEO DE SU CORAZÓN,
ES OBTENER MUCHOS HIJOS QUE CONSTITUYAN LA EXPRESIÓN
DE SU HIJO, DE TAL MODO QUE DIOS SEA EXPRESADO
EN EL HIJO POR EL ESPÍRITU Y EN EL CUERPO;
TAL EXPRESIÓN ALCANZA SU CONSUMACIÓN
EN LA NUEVA JERUSALÉN**

El beneplácito de Dios, el deseo de Su corazón, es obtener muchos hijos que constituyan la expresión de Su Hijo, de tal modo que Dios sea expresado en el Hijo por el Espíritu y en el Cuerpo; tal expresión alcanza su consumación en la Nueva Jerusalén (Ef. 1:5, 9; 3:19b, 21; Ro. 8:29). El deseo del corazón de Dios es obtener una expresión corporativa de Sí mismo en Cristo, el Hijo primogénito, con los creyentes como los muchos hijos. La función de un hijo es expresar al padre. Lo que hace feliz a Dios, lo que satisface el deseo de Su corazón, es ver Su expresión en Sus muchos hijos. Es como si Dios quisiera decir: “Ellos son Mis hijos en quienes tengo complacencia”. La meta de Dios es ser expresado, manifestado, en el Hijo, en la iglesia compuesta por Sus muchos hijos y en la Nueva Jerusalén como la totalidad de la filiación divina.

Para que se cumpla el deseo de Dios, son necesarias tres etapas en la manifestación de Dios. Estas etapas pueden ser resumidas en tres oraciones, y debemos estudiar detenidamente cada una de estas tres etapas de la manifestación de Dios. En la primera etapa, Cristo es la manifestación individual de Dios en la carne. En la segunda etapa, la iglesia, el agrandamiento de Cristo, es la manifestación corporativa de Dios en la carne. Y en la tercera etapa, la Nueva Jerusalén, la consumación de la iglesia, es la manifestación final, consumada y eterna de Dios en la nueva creación.

**LA MANIFESTACIÓN DE DIOS SE REALIZÓ PRIMERO EN CRISTO,
LO CUAL FUE UNA EXPRESIÓN INDIVIDUAL EN LA CARNE**

La manifestación de Dios se realizó primero en Cristo, lo cual fue una expresión individual en la carne (1 Ti. 3:16; Col. 2:9; Jn. 1:1, 14). El pensamiento predominante en esta sección es que todo el Dios Triuno se halla corporificado en Cristo, y que por ende, en Cristo, todo el Dios Triuno fue manifestado en la carne. La teología tradicional nos dice que el Hijo de Dios se encarnó. Si bien esto es verdad, no es lo que las

Escrituras afirman. Las Escrituras hablan de Dios manifestado en la carne; ellas afirman que el Verbo, quien es Dios, se hizo carne. Si bien es cierto que Dios envió a Su Hijo en la semejanza de carne de pecado (Ro. 8:3) y envió a Su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley (Gá. 4:4), también es cierto que el Padre vino con el Hijo y en el Hijo, quien, además, vino por el Espíritu. Así pues, el Cristo que es la manifestación individual de Dios en la carne no representa meramente una parte de Dios que se manifestó en la carne. Ciertamente, Él no es un tercio de Dios que se manifestó en la carne. Él es el Dios completo que se manifestó en la carne.

**El Nuevo Testamento no dice
que el Hijo de Dios se encarnó;
más bien, revela que Dios se manifestó en la carne**

Dios se manifestó en la carne, no solamente como el Hijo de Dios, sino como el Dios completo, a saber: el Padre, el Hijo y el Espíritu

El Nuevo Testamento no dice que el Hijo de Dios se encarnó; más bien, revela que Dios se manifestó en la carne (1 Ti. 3:15-16). Dios se manifestó en la carne, no solamente como el Hijo de Dios, sino como el Dios completo, a saber: el Padre, el Hijo y el Espíritu.

*La totalidad de Dios, y no solamente Dios el Hijo, se encarnó;
por tanto, Cristo, en Su encarnación, era el Dios completo
manifestado en la carne*

La totalidad de Dios, y no solamente Dios el Hijo, se encarnó; por tanto, Cristo, en Su encarnación, era el Dios completo manifestado en la carne. Cristo, en Su ministerio durante la etapa de la encarnación, introdujo al Dios infinito en el hombre finito; en Cristo, el Dios infinito y el hombre finito fueron hechos uno (Jn. 8:58; 7:6; 12:24). Así pues, Cristo, en Su Persona, la cual es una sola y única, es el Dios infinito en un hombre finito.

Mediante la encarnación, la incorporación divina —Dios en Su Trinidad Divina, en la que los Tres moran el uno en el otro y operan conjuntamente como una sola entidad— ingresó en la humanidad; por tanto, Cristo es la incorporación del Dios Triuno y el hombre tripartito (14:10-11). Aquí, al usar la palabra *incorporación*, nos referimos a personas que viven en una relación de “coinherencia”. “Coinherencia” denota un morar recíproco, es decir, que uno mora en el otro de

manera recíproca. Por tanto, incorporación supone “coinherencia” y, por ende, que uno mora en el otro de manera recíproca. Los Tres de la Deidad —el Padre, el Hijo y el Espíritu— son una incorporación divina porque los Tres viven en una relación de “coinherencia”. En Su encarnación, el Señor introdujo esta maravillosa incorporación en la humanidad. Por tanto, Cristo es la incorporación del Dios Triuno y el hombre tripartito.

Cristo es Dios manifestado en la carne. Él es la encarnación del Dios completo, y Él introdujo la incorporación divina en la humanidad. Cuando Cristo murió, Su vida divina con Su gloria fue liberada. Cuando Cristo resucitó, nosotros nacimos de Dios y fuimos introducidos en la incorporación divina. Como resultado de ello, la incorporación divina llegó a ser la incorporación divino-humana, en la cual nosotros moramos en el Dios Triuno y el Dios Triuno mora en nosotros. Dicha incorporación divino-humana es la iglesia, la casa de Dios y el misterio de la piedad. Cuando vivimos en Dios y Dios vive en nosotros, vivimos en una relación de “coinherencia”, pues moramos el uno en el otro de manera recíproca, y se realiza la incorporación divino-humana.

El Verbo, quien es Dios, se hizo carne

El Verbo, quien es Dios, se hizo carne (1:1, 14). El Dios quien es el Verbo, no es una parte de Dios, sino la totalidad de Dios, a saber, Dios el Hijo, Dios el Padre y Dios el Espíritu. El Verbo es la definición, explicación y expresión de Dios; por tanto, el Verbo que se hizo carne —Dios manifestado en la carne— es la definición, explicación y expresión de Dios en la carne (v. 18).

**En Cristo habita corporalmente
toda la plenitud de la Deidad**

En Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:9). La expresión *toda la plenitud de la Deidad* se refiere a la Deidad en su totalidad, al Dios completo. Puesto que la Deidad incluye al Padre, al Hijo y al Espíritu, la plenitud de la Deidad debe de ser la plenitud del Padre, el Hijo y el Espíritu. El hecho de que en Cristo habite corporalmente toda la plenitud de la Deidad, significa que Cristo es la corporificación del Dios Triuno (Jn. 14:10). Como corporificación de la plenitud de la Deidad, Cristo no es solamente el Hijo de Dios, sino el Dios completo.

Toda la plenitud de la Deidad mora para siempre en el cuerpo de Cristo Jesús. Si procedemos del cristianismo, y nos adherimos a enseñanzas “fundamentalistas” o evangélicas, es necesario que nos sea quitado un velo de los ojos de nuestro entendimiento. Este velo que debe ser retirado es el concepto de que fue únicamente el Hijo quien se encarnó. La verdad, la cual es sostenida por la iglesia como columna y fundamento de la verdad, es que cuando el Hijo se encarnó, todo el Dios Triuno, toda la plenitud de la Deidad, se encarnó.

**EN 1 TIMOTEO 3:15-16 SE NOS DA A ENTENDER
QUE NO SOLAMENTE EL PROPIO CRISTO COMO CABEZA
ES LA MANIFESTACIÓN DE DIOS EN LA CARNE,
SINO QUE TAMBIÉN LA IGLESIA COMO CUERPO DE CRISTO
Y CASA DE DIOS, ES LA MANIFESTACIÓN DE DIOS EN LA CARNE:
EL MISTERIO DE LA PIEDAD**

En 1 Timoteo 3:15-16 se nos da a entender que no solamente el propio Cristo como Cabeza es la manifestación de Dios en la carne, sino que también la iglesia como Cuerpo de Cristo y casa de Dios, es la manifestación de Dios en la carne: el misterio de la piedad.

Tenemos que considerar qué bases tenemos en las Escrituras para afirmar que no solamente Cristo, sino también la iglesia como aumento de Cristo, es la manifestación de Dios en la carne. En primer lugar, el contexto del versículo 16 es de crucial importancia. El tema de 1 Timoteo es la economía de Dios con respecto a la iglesia. Todo este libro trata sobre la vida de iglesia en conformidad con la economía divina. Y en particular, el tercer capítulo de este libro trata sobre la vida de iglesia. En este capítulo, Pablo habla sobre los ancianos y las cualidades que son necesarias en ellos, así como en los diáconos y diaconisas (vs. 1-13). Luego, le dice a Timoteo: “Esto te escribo con la esperanza de ir pronto a verte, pero si tardo, escribo para que sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad. E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad:” (vs. 14-16a). Es claro que estos versículos nos hablan de la iglesia. Inmediatamente después de esto, Pablo parece dar un salto y dice: “El fue manifestado en la carne, / Justificado en el Espíritu, / Visto de los ángeles, / Predicado entre las naciones, / Creído en el mundo, / Llevado arriba en gloria” (v. 16b). Estos versículos simple y sencillamente nos hablan de Cristo; sin embargo, también nos hablan de la iglesia. En el reino venidero, podremos decirle a Pablo: “Hermano Pablo, nosotros estudiamos 1 Timoteo. Allí, usted primero menciona la

vida de iglesia y, luego, nos habla sobre Cristo como la manifestación de Dios en la carne. El contexto en que se encuentran tales palabras nos da la clara impresión de que lo que usted quiso decir era que la iglesia es la manifestación corporativa de Dios en la carne”. Quizás Pablo nos responda: “¡Amén! Mientras me encontraba en el Paraíso, oré por largo tiempo pidiendo que alguien entendiera mis escritos. Pedro tuvo que admitir que él no los entendía (cfr. 2 P. 3:16). ¡Pero, después de diecinueve siglos, ustedes lograron entenderlos!”. A lo cual, nosotros podríamos responder: “Pablo, nosotros pudimos entenderlos debido a que hubo otros que pagaron el precio necesario para entender lo que usted había escrito. Y nosotros, como niños, no hicimos sino recibir todo ello como una bendición”.

La segunda base bíblica en la cual nos apoyamos para afirmar que la iglesia como aumento de Cristo es la manifestación de Dios en la carne, tiene que ver con la secuencia en las declaraciones hechas en 1 Timoteo 3:16. El orden de dichas afirmaciones no sería lógico si solamente hicieran referencia a Cristo. “El fue manifestado en la carne” se refiere a la encarnación. “Justificado en el Espíritu” nos habla de la vida humana que llevó el Cristo encarnado. “Visto de los ángeles” se refiere a Su encarnación, Su vida humana y Su ascensión, de los cuales los ángeles fueron testigos (Lc. 2:9-14; Mt. 4:11; Hch. 1:10-11). “Predicado entre las naciones” se refiere a que los apóstoles predicaron acerca del Cristo resucitado. “Creído en el mundo” hace referencia a que las personas de este mundo creyeron en Él. Pero la última declaración en esta secuencia de afirmaciones es que Él fue “llevado arriba en gloria”. Sabemos que Cristo fue llevado arriba en gloria *antes* de ser predicado entre las naciones y *antes* de que Él fuese creído en el mundo; sin embargo, en este versículo Pablo deliberadamente colocó la declaración de ser “llevado arriba en gloria” al final de la lista, *después* de todas las otras declaraciones. Así pues, el hecho de que la aseveración de ser “llevado arriba en gloria” esté al final de la secuencia implica que nosotros, como la iglesia, habremos de ser llevados arriba en gloria. Por tanto, la secuencia de los elementos que componen este versículo nos muestra que nosotros somos partícipes de un proceso mediante el cual llegamos a ser la manifestación de Dios en la carne.

Si usted no ha sido convencido con estos dos argumentos, ciertamente no lo criticamos. No queremos que su fe esté fundada en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios (1 Co. 2:5). Simplemente acuda al Señor, ore, y ábrase en comunión a los hermanos y hermanas.

Quiera el Padre quitar todo velo y que usted pueda ver que la iglesia es la manifestación de Dios en la carne. Nosotros cumplimos la función que nos corresponde como iglesia: somos la casa del Dios viviente, la columna y fundamento de la verdad, y la manifestación de Dios en la carne. Cuando nosotros como iglesia, como manifestación de Dios en la carne, seamos transfigurados y glorificados, entonces seremos llevados arriba en gloria.

La iglesia es Dios mismo manifestado en la carne. Pregonemos esto en toda la tierra. Vayamos a todo lugar y prediquemos este evangelio elevado. Al mismo tiempo, demolamos la teología deforme que impera en gran parte del cristianismo actual, la cual impide que el pueblo de Dios tenga acceso a esta revelación. Si los pastores y teólogos quieren combatirnos con respecto a esta verdad, estamos dispuestos a pelear la buena batalla. “Bendito sea Jehová, mi roca, / Quien adiestra mis manos para la batalla, / Y mis dedos para la guerra” (Sal. 144:1). Combatamos por esta gran verdad de tal manera que Dios pueda gloriarse delante de Su enemigo diciendo: “¡Mira, Satanás! Aun antes de que ocurra el rapto y en medio de tu reino, hay iglesias que desempeñan su función como manifestación de Dios en la carne. Esto es una vergüenza para ti”.

La palabra *piEDAD*, mencionada en 1 Timoteo 3:16, no solamente se refiere a la devoción a cosas santas sino también a vivir a Dios en la iglesia, es decir, a que Dios como vida se manifieste en el vivir de la iglesia y así sea expresado

La palabra *piEDAD*, mencionada en el versículo 16, no solamente se refiere a la devoción a cosas santas sino también a vivir a Dios en la iglesia, es decir, a que Dios como vida se manifieste en la vida de iglesia y así sea expresado. Tanto Cristo como la iglesia son el misterio de la *piEDAD*, pues ambos expresan a Dios en la carne. La vida de iglesia es la expresión de Dios; por tanto, el misterio de la *piEDAD* es la vida que manifiesta una iglesia apropiada (1 Co. 14:24-25).

En realidad, *piEDAD* significa que Dios se hace hombre y el hombre se hace Dios. Es menester que nosotros poseamos la vida y naturaleza de Dios a fin de que manifestemos a Dios; es decir, tenemos que ser Dios, no en la Deidad, sino en vida y naturaleza.

Dios es manifestado en la iglesia —la casa de Dios y el Cuerpo de Cristo—, la cual es la expresión corporativa y agrandada de Dios en la carne

Dios es manifestado en la iglesia —la casa de Dios y el Cuerpo de Cristo—, la cual es la expresión corporativa y agrandada de Dios en la carne (Ef. 2:19; 1:22-23). La manifestación de Dios en la carne comenzó con Cristo cuando Él estaba en la tierra (Jn. 14:9). La manifestación de Dios en la carne continúa con la iglesia, la cual es el aumento, agrandamiento y multiplicación de la manifestación de Dios en la carne (1 Ti. 3:15-16).

Como iglesia, somos el agrandamiento de Cristo. El único grano cayó en tierra y produjo muchos granos (Jn. 12:24). Estos granos ahora son molidos, mezclados y horneados conjuntamente a fin de llegar a ser un solo pan (1 Co. 10:17), el cual es el agrandamiento, la continuación, la multiplicación y la expansión de aquel primer grano de trigo, es decir, de Cristo mismo. La iglesia es el aumento, agrandamiento y multiplicación de la manifestación de Dios en la carne; por ende, como el Cuerpo orgánico de Cristo, la iglesia de Dios es la continuación de Cristo como manifestación de Dios en la carne.

Cuando una iglesia sea pastoreada en conformidad con lo escrito en 1 Timoteo 1—3, ella cumplirá su función como casa del Dios viviente con miras a que se lleve a cabo el mover de Dios aquí en la tierra, y como columna y fundamento de la verdad, en el sentido de que exhibirá la realidad de Cristo y Su Cuerpo

Cuando una iglesia sea pastoreada en conformidad con lo escrito en 1 Timoteo 1—3, ella cumplirá su función como casa del Dios viviente con miras a que se lleve a cabo el mover de Dios aquí en la tierra, y como columna y fundamento de la verdad, en el sentido de que exhibirá la realidad de Cristo y Su Cuerpo (3:15; Ef. 5:32). Mientras que Efesios nos presenta una visión de la iglesia desde una perspectiva celestial, en 1 Timoteo se nos habla de la presente vida de iglesia en términos prácticos. Aquí Pablo no menciona la manifestación de Dios en la carne en el primer capítulo, sino que esperó hasta el tercer capítulo para hacerlo. Él se dio cuenta de que la iglesia debe ser pastoreada y cuidada de manera orgánica a fin de ser llevada a tal

condición que ella pueda cumplir, primero, su función como casa del Dios viviente, después, como columna y fundamento de la verdad, y por último, como manifestación de Dios en la carne. En 1 Timoteo 1:3-4 Pablo le dijo a Timoteo: “Como te exhorté, al irme a Macedonia, a que te quedases en Efeso, para que mandases a algunos que no enseñen cosas diferentes, ni presten atención a mitos y genealogías interminables, que acarreen disputas más bien que la economía de Dios que se funda en la fe”. Si en una iglesia se permite enseñar cosas diferentes, esa iglesia será corrompida y turbada, lo cual a su vez tendrá como resultado que ella sea la manifestación de algo o alguien que no es Dios mismo. Las iglesias que se encuentran en tal condición quizá constituyan la manifestación del carácter de un líder dominante, y no la manifestación de Dios. Hace muchos años el hermano Lee dijo que todos los santos de una determinada iglesia eran como cierto hermano que ejercía gran influencia entre ellos. Así pues, tal iglesia había llegado a ser la exhibición corporativa de la vibrante personalidad de aquel hermano. Esto es muy grave.

Es imposible enseñar cosas diferentes y estar bajo ministerios distintos al ministerio del nuevo pacto, y aún así hacer realidad 1 Timoteo 3:16. A fin de que una iglesia sea la manifestación de Dios en la carne, algunos en esa iglesia tienen que experimentar la economía de Dios en sus vidas de tal manera que haya “el amor nacido de un corazón puro, una buena conciencia y una fe no fingida” (1:5).

Para ello, también será necesario que haya hombres que, primero y antes de cualquier otra cosa, oren (2:1, 8). Rara vez sucede que lo primero que hacen los hermanos es orar. Pablo no exhortó específicamente a las hermanas a orar; esto se debe a que ellas no suelen confiar en sí mismas tanto como los hermanos suelen confiar en sí mismos, por lo cual ellas son más propensas a orar. Ellas no temen decir: “No sé. Necesito al Señor”. Los hermanos, en cambio, procuran resistir las adversidades, encontrar por sí mismos la solución a sus problemas y buscar maneras de circunnavegar los escollos que encuentran. Únicamente después que ellos han agotado todo otro recurso, oran. Pero Pablo escribe: “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda” (v. 8). Jamás debiéramos orar motivados por la ira. Jamás debiera hallarse un tono iracundo en nuestro espíritu. Tampoco deberíamos argüir.

Después que les dice esto a los hermanos, Pablo se dirigió a las hermanas para decirles: “Asimismo que las mujeres se atavien de ropa

decorosa, con pudor y cordura; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan reverencia a Dios” (vs. 9-10). Las hermanas deben expresar a Dios en su manera de vestir. Supongamos que el Señor se pasara en medio nuestro y examinara a todas y cada una de las hermanas según esta regla, es decir, según la piedad como manifestación de Dios. ¿Será que usted, hermana, expresa a Dios en su manera de vestir? Al vestirse el día de hoy, ¿tomó la piedad en consideración? ¿Se ejercitó usted para la piedad? No me refiero a ser personas religiosas, sino a la piedad, es decir, a llevar una vida que expresa a Dios. Además, Pablo les dijo a las hermanas: “No permito a la mujer enseñar, ni ejercer autoridad sobre el hombre, sino estar en silencio” (v. 12). Quienes han sido influenciados por el feminismo deben permitir que el Señor renueve sus mentes. Nosotros estamos en un “patriarcado divino”. La mujer no debe ejercer autoridad sobre el varón. A algunas hermanas les ha sido revelado esto y, en señal de sujeción a la autoridad, practican el cubrirse la cabeza a manera de dar testimonio ante los ángeles malignos de que ellas se sujetan al orden dispuesto por Dios en el universo. Tales hermanas pueden declarar: “Dios me creó mujer y, en la vieja creación, seré una mujer hasta que sea un hijo de Dios glorificado en la nueva creación”.

En el tercer capítulo Pablo procede a hablar con respecto a los ancianos y a los diáconos y diaconisas. Únicamente cuando en alguna medida se haga realidad entre nosotros lo mencionado en los primeros tres capítulos, podremos llevar una vida de iglesia que sea verdaderamente la manifestación de Dios en la carne conforme a los versículos 15 y 16.

Esta clase de iglesia llega a ser la continuación de Cristo como manifestación de Dios en la carne, a saber, Cristo mismo expresado en el vivir de la iglesia como manifestación de Dios

Esta clase de iglesia llega a ser la continuación de Cristo como manifestación de Dios en la carne, a saber, Cristo mismo expresado en el vivir de la iglesia como manifestación de Dios. Aunque nos sea difícil creerlo, iglesias locales concretas pueden llegar a ser la continuación de Cristo como manifestación de Dios en la carne. ¡Que seamos tales iglesias!

Esto es Dios manifestado en la carne de una manera más amplia, en conformidad con el principio neotestamentario de la encarnación

El principio de la encarnación consiste en que Dios entre en el hombre y se mezcle con él para hacer que el hombre sea uno con Él

Esto es Dios manifestado en la carne de una manera más amplia, en conformidad con el principio neotestamentario de la encarnación (1 Co. 7:40; Gá. 2:20). El principio de la encarnación consiste en que Dios entre en el hombre y se mezcle con él para hacer que el hombre sea uno con Él (Jn. 15:4-5).

Si queremos que Dios entre en nuestro ser y se mezcle con nosotros a fin de que seamos uno con Él, tenemos que orar pidiéndolo. Podemos orar diciendo: “Señor entra en mí más y más. Mézclate conmigo a fin de que yo sea uno contigo”. Cuando seamos uno con Dios, seremos divinamente humanos en todo cuanto hagamos. Estos tres libros —1 y 2 Timoteo y Tito— están repletos de dicha humanidad divina. Podemos encontrar un ejemplo de ello en 1 Timoteo 5:23, donde Pablo le aconseja a Timoteo que tome un poco de vino por causa de su estómago y sus frecuentes enfermedades. Quiera el Señor que todos nosotros estemos dispuestos a ser regulados por la vida divina en nuestro interior a fin de llevar la vida del Dios-hombre, una vida que externamente es humana e internamente es divina, junto con todos los santos en la iglesia. En esto consiste el principio de la encarnación.

El significado del principio de la encarnación es que la divinidad entra en la humanidad y opera dentro de ella

El significado del principio de la encarnación es que la divinidad entra en la humanidad y opera dentro de ella (1 Co. 6:17; 7:40; 1 Ti. 4:1). No menosprecien su condición humana. Tal vez a los santos más jóvenes les resulte más difícil dejar de compararse con los demás, pero llegará el día en que dejaremos de hacerlo. Dios creó a cada uno de nosotros a fin de que seamos cierta clase de vaso. Incluso cuando estemos en la Nueva Jerusalén en nuestra humanidad glorificada y resucitada, todavía se nos podrá reconocer como vasos con un valor particular. Dios nos hizo de la manera que somos. No tenemos poder para hacer que nuestro cuerpo sea distinto de lo que es. No podemos manifestar aquellas capacidades con las cuales Dios no nos

creó o que Él no haya producido en nosotros por Su gracia. A Dios le gustamos como somos, pues Él nos creó así. Nuestras carencias, deficiencias y peculiaridades son apenas temporales; pues Cristo está creciendo en nosotros y Él desea que nosotros llevemos una vida conforme al principio de la encarnación. Aquellos que viven tal vida no necesitan adoptar entonaciones inusuales al hablar u orar con respecto a asuntos divinos. Podemos ser personas normales, y en tal condición de normalidad, seremos la manifestación de Dios.

El gran misterio de la piedad es que Dios se hizo hombre para que el hombre llegase a ser Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, a fin de producir un Dios-hombre corporativo para manifestación de Dios en la carne

El gran misterio de la piedad es que Dios se hizo hombre para que el hombre llegase a ser Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, a fin de producir un Dios-hombre corporativo para manifestación de Dios en la carne (Ro. 8:3; 1:3-4; Ef. 4:24).

AL FINAL, DIOS SE MANIFESTARÁ EN LA NUEVA JERUSALÉN, LA CUAL SERÁ LA CONSUMACIÓN DE LA EXPRESIÓN CORPORATIVA DEL DIOS TRIUNO PROCESADO Y CONSUMADO EN EL CIELO NUEVO Y LA TIERRA NUEVA

Al final, Dios se manifestará en la Nueva Jerusalén, la cual será la consumación de la expresión corporativa del Dios Triuno procesado y consumado en los cielos nuevo y la tierra nueva (Ap. 21:1-2, 10-11). La iglesia como manifestación de Dios en la carne es la casa de Dios, mientras que la Nueva Jerusalén será la ciudad de Dios, lo cual significa que la Nueva Jerusalén, como manifestación de Dios en la nueva creación, será el agrandamiento y la consumación de la iglesia, y que como tal, expresará a Dios en la eternidad (vs. 10-11). Una característica sobresaliente de la Nueva Jerusalén es que ella posee la gloria de Dios; toda la ciudad exhibe la gloria de Dios, la cual es Dios mismo que resplandece a través de dicha ciudad (vs. 11, 23). El Dios Triuno —el Padre como la fuente de las riquezas divinas, el Hijo como la corporificación de las riquezas divinas y el Espíritu como Aquel que hace reales para nosotros las riquezas divinas— es la expresión triuna de la Nueva Jerusalén con miras a que se realice Su expresión suprema y gloriosa en

Su manifestación consumada por la eternidad (vs. 18-21; 22:1-2). ¡Qué misericordia el que nosotros lleguemos a formar parte de esto!—R. K.